

Fundado por José C. Paz  
el 18 de octubre de  
1869. — Director desde  
1898 a 1943, Ezequiel P.  
Paz; desde 1943 a 1977,  
Alberto Gainza Paz



# LA PRENSA

DIARIO DE LA MAÑANA

Clausurado y confiscado por defender la libertad el 26 de  
enero de 1951; reinició sus ediciones el 3 de febrero de 1956

Director  
MAXIMO GAINZA

Viernes 14 de julio de 1978

## El derecho a la defensa

Por Alicia Jurado

A fines de mayo tuve oportunidad de participar de la Conferencia Inter-Americana de Escritoras que se realizó en Canadá, en la Universidad de Ottawa. No es el objeto de esta nota hablar de la belleza del país, su primavera espléndida, sus magníficas ciudades y su pueblo laborioso y próspero, ni recordar los muchos momentos gratos que pasé allí. Hoy quiero dar, simplemente, un testimonio más de la campaña marxista antiargentina que se ha extendido hasta el extremo opuesto de nuestro continente.

Durante una de las sesiones públicas, que se hacían con traducción simultánea a tres idiomas —inglés, francés y español—, se trató el tema de *Las escritoras y la sociedad*; en cuanto se produjo una pausa entre exposiciones, se levantó una joven estudiante para condolerse por los derechos humanos violados en Chile, en la Argentina y en el Uruguay; la "represión cultural" que, según ella, se padecía en los mencionados países y la vasta cantidad de escritores presos que atestaban sus cárceles sin haber cometido más crimen que el de expresar sus ideas. Cuando logré que me concedieran la palabra, que no costó poco, repliqué que estaban hablando de mi país personas que no sabían nada de él ni lo habían pisado nunca; que si, en la durísima lucha contra el terrorismo, hubo represión, la palabra misma estaba indicando que era la respuesta a una agresión previa: que habíamos soportado asesinatos, secuestros, robos, bombas y toda suerte de salvajismo por parte de los guerrilleros. Por último, que en mi tierra no había tal "represión cultural", ni dificultad para hacer críticas al gobierno desde la prensa, y que los únicos que estaban en la cárcel eran los delincuentes.

Apenas dije esto, hubo una explosión de furia por parte del grupito de estudiantes que apoyaban a la abanderada de los derechos humanos, y todos empezaron a golpear las mesas al unísono y a dar voces iracundas para

impedir que yo prosiguiera. En medio de la concertada alharaca de los intrusos (eran, repito, estudiantes y no delegadas al congreso) y del silencio glacial de las integrantes de la mesa redonda, cuya presidenta no movió un dedo para que cesara el escándalo, una escritora cubana en el exilio fue la única que reprochó su grosería a los jovencitos y pidió un orden que poco a poco se restableció. Comprendí que aquello era estrellarse contra un muro de hostilidad y de mala fe y dejé que se pasara a otro tema: el pedido de la niña, por lo menos, había quedado desbaratado.

Cuento este ingrato episodio para que se tenga una idea, mediante una anécdota personal, de las dificultades que encuentra el argentino en el extranjero para convencer a los amigos y a los cómplices de los terroristas prófugos que pululan en las universidades y, o bien creen sinceramente las versiones que les presentan éstos, o bien mienten a sabiendas porque tales son las órdenes que reciben de sus dirigentes. En cuanto se encuentran con alguien que los contradice, resultan incapaces de controversia: sus únicos argumentos consisten en silenciar al adversario a gritos, por que, mal que les pese, en el ámbito de la universidad no lo pueden cañar a tiros. Su única y elemental reacción es suponer que quien se opone a sus calumnias es un agente fascista pagado por el Estado, y con esa palabra —fascistas— fueron insultadas algunas de las colegas argentinas, ya que me satisface dejar constancia de que nuestra delegación, en lo que se refiere a la defensa del país, tuvo una posición unánime.

El problema que quisiera plantear ahora es el siguiente. Ante la ignorancia crasa de los studentitos de todo el mundo occidental, para quienes cualquiera que se oponga al marxismo es fascista, aunque haya execrado a Mussolini y sea el partidario más acérrimo del individualismo, del ejercicio de la mayor cantidad posible de libertades por parte del ciudadano y de la reducción del Estado a sus

funciones administrativas y policíacas más ineludibles; ante la credulidad de las masas, capaces de aceptar cuanto desatino les muestren los medios de difusión; ante la inercia de los gobiernos extranjeros, que con el argumento de la libertad de prensa permiten a sus pasquines la publicación de noticias, no ya deformadas ni tergiversadas, sino enteramente fraguadas para servir a los intereses de la izquierda; ante la inutilidad de las protestas por parte de nuestros embajadores, a quienes no se toma en cuenta porque nadie los supone imparciales, ¿en qué medida debemos soportar los argentinos la intolerable injusticia de que el prestigio de nuestra patria esté a la merced de los manejos de cómplices de asesinos? ¿No hay modo de llevar a cabo una contraofensiva eficaz?

Yo me pregunto, puesto que sé poco de leyes y menos de derecho internacional: ¿cómo es posible que una persona injuriada por un periódico mentiroso, tenga el derecho de demandarlo por calumnia y de ganarle un pleito, si es capaz de probar la falsedad de sus acusaciones, y que un país entero no tenga medio de hacerles pleito a los diarios que lo desprestigian y perjudican? Si todo habitante de un país libre tiene defensa contra el libelo y puede legalmente frenar los desmanes de la prensa, ¿carece de tal derecho una comunidad entera? ¿No hay una vía jurídica, no hay un tribunal imparcial ante el cual demandar a los diarios que se ensañan contra nosotros y desenmascararlos ante el mundo, probando que son instrumento político de criminales?

Con estas preguntas no estoy pidiendo una respuesta personal; pero sugiero que si algún abogado la tiene, nos informe a los argentinos sobre el modo de proceder.

De paso, podría mandarles copia a las autoridades que juzgue apropiadas, y agregar como postdata las palabras de la Lujanera cuando, en el *Hombre de la esquina rosada*, le entrega el cuchillo al protagonista: "Rosendo, me parece que lo estás precisando".